

Entre tanto, la situación del emperador no era buena, puesto que tenía que preocuparse de lo que ocurría en Alemania; Italia no estaba segura y el dinero escaseaba de tal manera que si el 4 de noviembre no llegaba la flota española á Amberes, se vería en la imposibilidad de pagar á las tropas, ya que aquella plaza se hallaba agotada financieramente. El día 2 de diciembre la penuria fué extremada: Carlos ó sus consejeros dirigían á Felipe apremiantes instancias; pero éste se reservaba, y bien claramente se ve que sus confidentes no reparaban en darle cuenta de las faltas cometidas y en darle á comprender que su padre declinaba considerablemente.

Durante el mes de diciembre habíanse abierto brechas en las murallas de Metz y la torre del Infierno había sido derruida; pero los sitiados levantaban en seguida nuevas fortificaciones detrás de las derribadas. El emperador quería un asalto general, pero el Consejo se opuso á ello. Era en el rigor del invierno; las lluvias inundaron el campamento y las enfermedades diezmaron las tropas, por lo que se resolvió levantar el sitio, resolución que se comunicó al ejército el 24 de diciembre, comenzando el 26 la retirada.

Si hemos de dar crédito á una carta de Francisco de Guisa á su hermano, la plaza de Metz distaba mucho en aquellos momentos de abrigar ninguna esperanza de éxito: «No me vengáis más en vuestras cartas, escribía, con que el emperador ha de levantar el campo, y tened por cierto que, si no nos engaña mucho, mientras tenga vida no querrá sufrir esta vergüenza de partir antes de ver el fin, á no ser que á ello le obliguen las fuerzas de nuestro señor.»

El emperador se retiró el día 1.º de enero y el día 6 Guisa hizo una salida, encontrando el campamento imperial en un estado espantoso: cadáveres insepultos, heridos abandonados, por todas partes tiendas rotas y los caminos cubiertos de caballos muertos y de vehículos destruidos. De los 60.000 hombres de que se componía el ejército imperial, sólo pudo llevarse Carlos, al decir de Guisa, 12.000 útiles; en cambio, los franceses no perdieron, según parece, más que veintidós personajes notables, algunos hombres de armas, soldados de caballería ligera ó arcabuceros montados y doscientos cincuenta soldados de diversas compañías. Guisa se mostró muy humanitario con los enemigos heridos y enfermos, á quienes recogió en Metz haciendo que los médicos franceses los asistieran.

Monluc, hablando del duque de Guisa, dijo: «No había quien no le considerara como uno de los más vigilantes y atentos lugartenientes que haya habido en nuestro tiempo; dotado, por otra parte, de tan buen criterio para saber adoptar su partido, que después de su opinión no había que pensar en encontrar otra mejor. Era además un príncipe tan sabio, tan familiar y tan cortés, que no había en su ejército ningún hombre que no se hubiese aventurado á todo, si él se lo ordenaba, hasta tal punto sabía conquistar el corazón.» La conducta seguida por el duque durante el sitio de Metz es merecedora de este juicio: en efecto, mostrósese el de Guisa vigilante, juicioso y hábil en suscitar los actos de abnegación; supo sacar partido de todos los recursos y organizó admirablemente la defensa. Por otra parte, en aquella época era más fácil defender una gran plaza

que tomarla. Pavía, Mezieres y Marsella, sitiada dos veces, resistieron; Siena no fué tomada hasta después de seis meses, y aun se rindió por hambre, y San Quintín, casi sorprendida de improviso, desamparada, sin defensores, se defenderá durante más de un mes contra 50.000 hombres.

Desde el levantamiento del sitio de Metz, las dos partes contendientes lucharon sin gran energía; los acontecimientos militares, que tantos perjuicios causaron á los pueblos (en la frontera Nordeste, el único sistema estratégico acabó por ser la devastación), se desarrollaron con terrible monotonía y con resultados de increíble insignificancia.

IV.—Campanas de Italia y de Picardía

De nuevo se llevó toda la actividad á Italia: de Selve en Venecia, du Bellay y Lansac en Roma y M. de Lodevé en Ferrara, agitábanse mucho sin conseguir otra cosa que promesas ilusorias. Brissac, á quien se había confiado en 1551 el gobierno del Piemonte, continuaba organizando vigorosamente el país y ensanchando el círculo de las posesiones francesas mediante una serie de sitios, casi siempre afortunados, en los cuales se desplegaban, dentro de una esfera reducida, la táctica y el heroísmo propios de la guerra de montaña, abundante en sorpresas, escaramuzas y escalamientos. Vercelli fué tomada en 1553; Ivrea y Casale, en 1554.

Además, Francia intervino en 1553 en Córcega contra los genoveses, enviando á aquella isla al mariscal Termes para apoyar á los rebeldes: Sanpero de Ornano fué nombrado capitán, bajo la autoridad del mariscal, y por de pronto se instaló un intendente de justicia (1).

El acontecimiento militar más brillante ocurrió en el centro de la península. Francia, para tener en jaque al duque de Florencia, aliado de Carlos V, había instigado á los sieneses á que se sublevaran contra la guarnición española que les había sido impuesta en 1540 y que fué en efecto expulsada en 1552. Pedro Strozzi fué el encargado de defender á los sieneses contra el ataque de los imperiales mandados por el marqués de Mariñano; y como quería que la campaña se desarrollara en el territorio sienés, pidió al rey que delegara un jefe militar para que dirigiera la defensa en la ciudad misma. A este objeto fué designado Monluc, quien ha relatado extensamente en sus memorias los episodios del sitio, atribuyéndose, por supuesto, la mayor parte de la gloria. Habían vacilado en enviarle allí, según él mismo refiere, por temor á su carácter extravagante, colérico, atrabiliario, y añade, con su gracioso ingenio gascón, que metió todos sus defectos en un saco y los arrojó al fuego. No los arrojó todos, sin embargo, puesto que de Selve, que se halló durante algún tiempo en Siena, tuvo con él graves dificultades de las que Monluc se guarda muy bien de hablar. Pero, por lo menos, desplegó infinidad de recursos, mucho ingenio y aun algo de travesura para manejar á una población recelosa y desconfiada. Había entrado á mediados de julio en Siena, en donde su situación habíase

(1) G. Hanotaux, *Origines de l'institution des Intendants des provinces*, 1884.

visto comprometida por la falta cometida por Strozzi, quien se dejó derrotar en Lucignano de tal manera que el marqués de Mariñano pudo destinar todas sus fuerzas al asedio de la plaza. Además, una grave enfermedad le obligó á guardar cama hasta poco antes de Navidad. Rechazados los primeros asaltos, el marqués de Mariñano decidió rendir á la población por hambre: en abril de 1555, la ración de los soldados estaba reducida á doce onzas diarias de pan y la de los no combatientes á nueve. Siena hubo de capitular en 17 de abril, pero Monluc salió de la ciudad con todos los honores de la guerra.

Los fracasos de la campaña del Nordeste de Francia dirigida por Montmorency hicieron resaltar aún más la gloria alcanzada por Francisco de Guisa en Metz. En 20 de junio de 1553 capituló el hijo del condestable en Therouanne, población que el emperador mandó implacablemente arrasar hasta los cimientos; también fué tomada y destruida Hesdín. Hasta fines de julio no entró el condestable en Amiéns, sin haber sabido utilizar los 50.000 hombres que mandaba; y cuando el rey fué á reunirse con el ejército, su presencia no aportó otra cosa que una pomposa solemnidad, un aparato de majestad inerte que paralizaba toda energía. Después de realizar ostentosas maniobras delante de Valenciennes, en donde tenía su campamento el emperador, los franceses se retiraron pretextando que Carlos no había abandonado sus líneas, y el 21 de septiembre se suspendieron las operaciones.

En 1554 intentóse un mayor esfuerzo, que entonces fué dirigido contra Bruselas, en donde se creía poder causar más grave daño al poder del emperador. Montmorency, Antonio de Borbón y el mariscal de Saint André reunieron 40.000 hombres de á pie y 12.000 jinetes, y el rey fué á juntarse con ellos; pero después de tomada y arruinada Dinant, la aproximación del ejército imperial mandado por Carlos V y por Manuel Filiberto indujo al condestable á emprender la retirada. Perseguido muy activamente, Montmorency se dirigió á Cambrai y luego á Calais y á Boloña, y puso sitio á Renty. El emperador intentó libertar esa plaza, pero fué derrotado en 13 de agosto, perdiendo 500 muertos y dejando en poder de los franceses 500 ó 600 prisioneros y cinco cañones. A pesar de este triunfo, el rey y el condestable levantaron en 15 de agosto el sitio de Renty y condujeron nuevamente el ejército á Compiègne, sin haber hecho casi otra cosa que devastar el país, así amigo como enemigo. Mil doscientas aldeas fueron destruidas, según se dijo.

Entonces se desató sobre Montmorency una tempestad de cólera y de desprecio, cuidadosamente fomentada por los amigos de los Guisa, que se habían mantenido casi del todo ajenos á los acontecimientos. «La culpa de estos fracasos, dice con gran dureza el embajador veneciano, es del condestable, á quien se tenía antes por hombre pusilánime y á quien ahora se considera como hombre muy cobarde (*villissimo*), ya que ha tenido miedo de perseguir á un enemigo derrotado y casi en fuga. En todas partes se hace mofa de él.» Efectivamente, Montmorency se había mostrado altamente inepto; su reputación militar, en realidad muy usurpada, se venía abajo envuelta en el ridículo. Había hecho

representar á Enrique II un papel poco digno, y se necesitaba todo el ciego afecto que el rey le profesaba para no percatarse de ello.

V.—Abdicación de Carlos V y tregua de Vaucelles (1)

Francia conservaba la esperanza de encontrar en Alemania ó en Oriente los medios de resistencia contra el poder del emperador. En 1552, los turcos habían roto nuevamente las hostilidades en Hungría, en donde la guerra fué terrible; y en 1553 Enrique II reanudó las negociaciones con los alemanes. Tratábase, «puesto que Su Majestad ha sido advertido de que el emperador está muerto ó de tal modo afligido que se encuentra del todo inútil para el resto de su vida,» de llegar á una inteligencia con aquéllos para el arreglo de los asuntos del imperio y para firmar «una buena y perfecta alianza é inteligencia, con liga defensiva y ofensiva, para la conservación así del reino de Francia, como de los Estados y príncipes contratantes.» Pero los alemanes ya no creían en el desinterés de Francia y los reformados estaban irradísimos por las persecuciones dirigidas por el rey contra sus correligionarios; así es que los lazos de unión con los franceses se relajaron sencillamente.

El emperador, por su parte, preocupóse desde 1553 de atraer de nuevo á su política á Inglaterra. Al morir Eduardo VI en julio de 1553, María (2) fué proclamada reina y casi inmediatamente le hizo saber Carlos que podía contar con su apoyo, con el de Fernando y con el del papa, y que sólo tenía «dos vecindades dudosas, Francia y Escocia.»

El emperador había presentado muy pronto la candidatura de su hijo para un matrimonio con María (3), y su embajador hizo algunas indicaciones que la reina acogió sonriente: «no una, sino varias veces, escribía, me miró con ojos que significaban que la indicación le era muy agradable.» En 21 de diciembre enviósese á Londres una embajada extraordinaria para formular oficialmente la proposición, y por fin, en julio de 1554 trasladóse Felipe á Inglaterra para celebrar el matrimonio, que fué consagrado en 25 del mismo mes. El príncipe, al salir de España, había recibido toda clase de consejos sobre la conducta que debía seguir: conceder pensiones á los magnates y á los funcionarios influyentes, halagar á la nobleza y hacerse accesible á ella, y dejarse ver á menudo del pueblo. Estos consejos estaban inspirados sin duda por el temor que inspiraban su altivez algo desdeñosa y su frialdad genuinamente castellana; y en efecto, no tardaron en surgir dificultades. Simón Renard escribía á Carlos en agosto de 1554: «Costará mucho poner de acuerdo á los españoles con

(1) Mignet, *Charles-Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, 1857. Gachard, *Retraite et mort de Charles-Quint au monastère de Yuste*, 1852.

(2) Véase anteriormente en la pág. 333 el cuadro de la familia real de Inglaterra.

(3) Se declaró abiertamente en su favor y contra Juana Grey que algunos quisieron proclamar reina; y después de la derrota de los partidarios de Juana, se limitó á insinuar posibles medidas de clemencia: «Y en cuanto á la Juana de Suffoc (Suffolk), es cierto que puesto que *reginam se dixit*, merece la muerte según las leyes de Inglaterra; sin embargo, si Vuestra Majestad quisiera conmutarle la pena de muerte por la de relegación, y considerar si sería bueno hacerla guardar en lugar seguro..., arbitraré aquello que le parecerá mejor.»

los ingleses, por cuestión del idioma, por ser los ingleses tales como los he descrito á Vuestra Majestad en muchas de mis cartas, aborrecedores de los extranjeros, de los que no están acostumbrados á ver tan gran número. Se presenta el punto de la religión que hace peores á los herejes; los franceses no están ociosos.» Y realmente, cada día era mayor el desacuerdo entre el nuevo rey y sus súbditos, lo cual se debía principalmente á que Felipe se consagraba por entero y torpemente á la restauración del catolicismo en Inglaterra.

Los agentes del rey de Francia habían hecho todos los esfuerzos imaginables para impedir el matrimonio y para debilitar el gobierno de María Tudor, y en febrero de 1554 habían suscitado una insurrección que se estimó bastante temible para que se hablase de que la reina se refugiara en Calais. Esta insurrección fué reprimida, pero la situación se mantuvo revuelta, amenazando á cada instante un rompimiento con Francia, que, sin embargo, no había de producirse hasta 1556.

Carlos, en tanto, hacía supremos esfuerzos para pacificar la Alemania: «Cuanto más pienso en los disturbios de la Germania, escribía en junio de 1554, tanto menos veo que haya otro medio para asegurar reposo ó para moderar dichos disturbios ó para evitar que la confusión venga de mal en peor, que el de convocar una dieta y asamblea universal de los Estados.» Pero la dieta que había convocado en Augsburgo veía-se retardada sin cesar por la mala voluntad de los alemanes; anunciada al fin para el año 1554, no se abrió hasta el 5 de febrero de 1555. El emperador, enfermo y ocupado en los asuntos de Francia, hubo de abandonar los Países Bajos y delegó sus poderes en su hermano, suplicándole que no sacrificara los intereses de la religión, sin por ello dejar de esforzarse en «restablecer la concordia,» ideal más difícil que nunca de realizar en aquel entonces. Después de las deliberaciones que duraron desde principios de abril hasta fines de septiembre, en medio de discusiones muy vivas y bajo la continua amenaza de un rompimiento entre los dos partidos, católico y protestante, firmóse en 3 de octubre de 1555 la paz de Augsburgo, cuyo artículo esencial era la libertad de cultos concedida á los príncipes luteranos, quedando de esta suerte consagrada la división de Alemania en dos religiones. A decir verdad, esta paz no era sino un compromiso cuyas condiciones sólo habían aceptado los contratantes con toda clase de reservas mentales. Sin embargo, era un triunfo el haber suspendido la lucha que parecía inminente á principios de 1555 y que más temores inspiraba á los católicos que á los reformados.

Por otra parte, continuaban propalándose toda suerte de rumores acerca del estado de salud del emperador, asegurándose en cartas llegadas de Alemania que estaba tan debilitado de espíritu que era preciso renunciar á comunicarle la mayor parte de los asuntos; que sólo se entretenía montando ó desmontando los relojes de que estaba lleno su aposento, y que hasta le habían dado por muerto (enero de 1555). Poco después, cuando abdicó, el papa alegó que era *impos mentis* y que por consiguiente era nula su resignación del imperio.

Montmorency continuaba siendo en la corte de Francia el representante de las ideas de paz y hablaba con-

fidencialmente «de la obstinación del dicho rey de Francia que podría causar al uno ó al otro la ruina completa,» siendo muy probable que más que á «la obstinación» del rey se refiriera á la de los Guisa. El condesable era tanto más pacífico cuanto más belicosos sus rivales. En su deseo de poner término á las hostilidades, dirigióse á María Tudor, que se había mantenido neutral y que aceptó el papel de mediadora, preparando unas conferencias que se inauguraron en Marcq, el día 25 de mayo de 1555, y en las cuales se cruzaron frases muy agrias. En 8 de junio, el emperador escribía á su hermano que los embajadores habían conferenciado varias veces, pero que los franceses no habían dejado de reproducir las «antiguas querellas.» Después de siete sesiones, se separaron los conferenciados sin haber convenido nada en definitiva.

Enrique II trató entonces de hallar nuevamente en Italia la palanca de la política y negoció con Paulo IV que, en 23 de mayo de 1555, había sucedido á Marcelo II (1). Todavía á fines de diciembre parecía tan lejano un acuerdo con el emperador, que Francisco de Guisa recibía el mando de un ejército destinado á pasar á Italia para conquistar el reino de Nápoles.

La situación del gobierno francés era difícil. Renard decía que el país estaba «desfigurado de dinero» y que el rey no podía ya conseguir de los pueblos que le facilitaran recursos pecuniarios. En el mismo momento, el emperador, más enfermo de día en día, ansiaba realizar en paz los actos tan complicados y tan delicados de la abdicación de su inmenso imperio; así es que casi repentinamente reanudó la iniciativa de las negociaciones que comenzaron en enero de 1556 en la abadía de Vaucelles. Los plenipotenciarios franceses mostráronse muy altaneros y declararon que no restituirían ninguna de las conquistas realizadas y que insistir sobre este punto sería simplemente perder el tiempo. Carlos se resignó y en dos días quedaron convenidas las condiciones de una tregua de cinco años, que se firmó en 15 de febrero y por virtud de la cual Francia conservaba sus conquistas en el Piamonte y los Tres Obispos y no renunciaba expresamente á ninguna de sus alianzas, ni á la de los otomanos, ni á la de ciertos príncipes italianos.

En 25 de octubre de 1555, Carlos V había abdicado el gobierno de los Países Bajos, en presencia de los Estados generales de las diez y siete provincias, de los miembros de los consejos, de los caballeros del Toisón de oro, de los embajadores extranjeros y de una multitud bastante numerosa; y en 16 de enero de 1556 cedió á Felipe los reinos de Aragón, de Castilla, de Sicilia y de Nápoles, conservando únicamente el título de emperador, á instancias de su hermano, que temía los disturbios en Alemania, y retirándose luego al monasterio de Yuste.

En los últimos años de su gobierno, la idea de reunir el imperio á España para Felipe, la del matrimonio de éste con la terrible María y la lucha armada contra los protestantes, demuestran que se había apoderado nuevamente de Carlos V el pensamiento quimérico del es-

(1) Julio III había muerto en 23 de marzo de 1555, y Marcelo II, elegido en 5 de abril, reinó sólo veinticinco días.

plendor de su «casa,» que sus sentimientos católicos se habían exaltado y que su alma se había endurecido.

Cuando desapareció de la escena europea, había fracasado en casi todas sus empresas, al paso que Francisco I había, en parte, salido bien de las que contra él realizara; y sin embargo de esto, la política imperial parece tan homogénea, tan lógica, como sin enlace y hasta incoherente la del rey de Francia.

Siendo Carlos V príncipe austriaco y flamenco, soberano español, emperador y católico sincero, natural era que resucitase contra Francia la cuestión de Borgoña, que luchara contra Francisco I en Italia y que combatiera á los turcos, á los príncipes alemanes, á los luteranos. Francisco I, por el contrario, siendo católico, apoya á los protestantes y se alía con los otomanos; siendo soberano absoluto, favorece las resistencias de los alemanes contra la autoridad imperial, y proclamando el principio de la independencia nacional en Francia, lo ataca en Italia.

Pero Carlos V amenazaba intereses de todas clases que el común peligro agrupaba en torno de Francisco I, y además sus concepciones fueron quizás irrealizables porque eran anticuadas y lesionaban los intereses de las naciones y de los individuos. En cambio, Francisco I resultó ser, tal vez á pesar suyo, el representante de las ideas modernas. Lo verdaderamente grande en Carlos V fueron el valor de su inteligencia y la sinceridad de su convicción; casi merecía vencer, pero su triunfo habría sido deplorable.

CAPITULO III

LA GUERRA CONTRA FELIPE II (1). NUEVO EQUILIBRIO DE LAS FUERZAS

I. España y Francia. — II. Guisa en Italia. — III. San Quintín y Calais. — IV. Tratado de Cateau-Chambresis.

I.—España y Francia

La abdicación de Carlos V modificó asaz profundamente la respectiva situación la Francia y de la casa de Austria. Felipe II heredaba de España, las colonias de América, que entonces alcanzaban la plenitud de su expansión, las Dos Sicilias, el Milanésado, los Países Bajos y el Franco-Condado, y como esposo de María Tudor podía esperar el concurso de Inglaterra, pues la reina se hallaba unida á él por un amor muy ardiente y por el odio que ambos profesaban á la Reforma. No siendo emperador, no podía disponer de las fuerzas, por otra parte de muy mediana importancia, que Carlos V había obtenido de Alemania; pero tampoco había de contar con las inextricables dificultades en que su padre se había visto envuelto durante todo su reinado, tales como el protestantismo, las libertades germánicas y las cuestiones de Hungría.

Sostenía con su tío Fernando relaciones de inteligencia diplomática, pero Fernando sentía muy pocas simpatías por su sobrino, que había intentado arrebatarle la corona imperial.

Francia confinaba con los Estados de Felipe II por la Guena y el Langüedoc, por el Piamonte, la Borgo-

ña, la Champaña y la Picardía. Las dos potencias se combatieron sobre todo en Italia y en los Países Bajos: en Italia, prosiguió y terminó la contienda comenzada á fines del siglo xv; en los Países Bajos, la lucha podía significar la reproducción de la política de Luis XI contra la casa de Borgoña, pero las intenciones del gobierno de Enrique II fueron siempre vagas ó contradictorias.

Con Felipe II entran en escena nuevos personajes: María Tudor, Manuel Filiberto de Saboya, el papa Paulo IV y el cardenal Caraffa.

Felipe II tenía veintinueve años cuando subió al trono: se le conocía muy poco y no se adivinaba su genio terrible; únicamente se sabía que era altivo, poco abordable y aun menos penetrable; su alma era dura y sus pasiones ardientes bajo una apariencia fría. Siendo príncipe de España, habíase mostrado laborioso y aplicado, y desde muy joven había querido discutir y juzgar á su padre; y sin embargo, se parecía á él en muchas cosas, puesto que como él prefería la política á las armas, era muy reflexivo y razonaba todas las decisiones, pero no tenía su talento, ni su ponderación, ni su elevación de miras. Empezó limitándose á prolongar el reinado precedente, puesto que conservó el mismo personal y especialmente el cardenal Granvela; además, mientras vivió el emperador (es decir, hasta junio de 1558), se encontró vigilado y á veces hasta dirigido.

María Tudor era vengativa, friamente cruel y apasionada: consolidada en el trono sólo desde mediados de 1554, pronto se había abandonado al fanatismo católico más mezquino y más sanguinario, y después de haber «reconciliado á Inglaterra con la Santa Sede,» en noviembre de 1554, había emprendido la lucha contra la Reforma que en tres años envió al suplicio á más de trescientas personas notables, y á partir de 1556 se entregó por completo á la política de Felipe II.

Manuel Filiberto de Saboya, hijo de Carlos III, iba á revelarse como un hombre de guerra superior; estaba dotado de gran inteligencia y era muy resuelto en sus ambiciones, limitadas á la reconquista de la Saboya y del Piamonte, que habían sido arrebatadas á su padre (2) y que éste no había cesado de reclamar al emperador, alegando los vínculos de vasallaje que con el imperio le unían. Desairado por Carlos, que contemporizaba, y rechazado por Francia, á la que había formulado sus reivindicaciones, no contaba más que con su valor personal para recobrar aquellos territorios, no por sí solo, puesto que carecía de fuerzas propias, sino poniéndose al servicio de Felipe II y uniendo los intereses de éste á los suyos.

Paulo IV, elegido en mayo de 1555 (3), pertenecía á la familia napolitana de los Caraffa y había demostrado, desde mucho antes de ser papa, abierta hostilidad contra Carlos, á quien calificaba de protector de los cismáticos y de los herejes. Llegado al solio pontificio, empleó las armas espirituales y temporales contra Felipe, pero las empleó mal. Avido de gloria y dominado por el odio, tenía tanta más prisa por obrar cuanto que llegaba al pontificado cuando contaba cerca de ochenta años. En todas las cuestiones mostrábase más apa-

(2) Véase anteriormente, pág. 307.

(3) Jorge Duruy, *Le cardinal Carlo Caraffa* (tesis de la Facultad de París, 1882).

(1) Véanse las fuentes y las obras citadas en la pág. 325.